



### XIII

Te decía en mi anterior, querida Graciosa, que había sobrevenido un acontecimiento inesperado, hijo de la ardiente pasión de Rosa y voy á referirlo con todos sus detalles.

Una noche estaba yo asomada á la ventana de mi cuarto, contemplando las estrellas que se extendían alegremente por los parterres del cielo, y respirando el perfume de las flores que hasta mí llegaban.

El viento que había entrado por la ventana, apagó la luz de mi habitación, que era la última que estaba iluminada en el castillo.



Mi pensamiento dejeneraba en una especie de somnolencia indefinible, producida por el encanto de la noche ó bien por la dejadez y el olvido.

Rosita, viendo sin duda la obscuridad de mi habitación, y no pudiendo verme porque la sombra del exterior envolvía la ventana, creyó que ya estaría acostado y esto la impulsó tal vez para arriesgar una última y desesperada tentativa.

Empujó tan suavemente la puerta, que no la sentí entrar, y hasta que estuvo á mi lado no me apercibí de nada.

Sorprendióse al verme levantado, pero reponiéndose al momento, me cogió por el brazo diciéndome con voz hueca y con tembloroso acento:

—¡Teodoro! ¡Teodoro!

—¡Cómo! ¡Rosita! ¡Vos á estas horas, sola, sin luz, y medio desnuda!—exclamé.

Es necesario que te diga que la hermosa no tenía más ropa, que una especie de manteleta de batista sumamente fina y la famosa camisa bordada que no quise ver el día de la escena del parque.

Sus brazos mórbidos y fríos como el mármol, estaban completamente desnudos, y la tela que cubría su cuerpo era tan fina y tan diáfana, que marcaba completamente la redondez de los pechos como cuando sale una mujer del baño, la mojada camisa detalla, transparentándolas, todas las formas.

—Es un reproche el que me hacéis, Teodoro,—repuso Rosita,—¿ó no es más que una frase puramente de sorpresa? Sí, soy yo, Rosa; yo que estoy

en vuestra habitación, no en la mía; á media noche, sin dueñas, sin escuderos, sin camareras, casi desnuda. Esto es bién extraordinario, ¿no es verdad? Tan sorprendida estoy como vos y no se que explicación daros.

Y diciendo esto, me pasó uno de sus brazos por el cuello, y se dejó caer á los piés de mi cama de modo que yo cayese con ella.

—Rosita;—la dije, tratando de desprenderme de sus brazos,—voy á encender la luz; nada es tan triste como la obscuridad en un habitación, y además es un crimen privarse del delicioso espectáculo de vuestros encantos.

—No hay necesidad,—repuso.—No quiero que veáis mi rubor, porque siento encendido mi rostro y me moriría de vergüenza.

Y al decir esto escondió su rostro en mi pecho, y permaneció así algunos minutos sofocada por su misma emoción.

Yo, buscaba en mi cerebro una decente escapatória para salvar aquella situación y no la encontraba, porque estaba acorralado en mis últimos atrincheramientos, y Rosa parecía decidida á no salir de mi habitación del mismo modo que entrara.

Su traje era de una desenvoltura formidable, y que no anunciaba nada bueno para mi incógnito.

Yo misma estaba gravemente comprometida.

Me había sorprendido en el abandono de la seguridad que creía distrutar en mi habitación.

Y como lo que menos podía imaginarme era aquella visita, tenía únicamente una especie de camise-



ta abierta, que en breve espacio podía delatar mi sexo.

—Teodoro, escuchadme,—dijo Rosita incorporándose y separando los cabellos á entrambos lados de su rostro según pude distinguir á la débil claridad que proyectaba en la estancia un rayo de luna que penetraba por la entreabierta ventana.—El paso que doy es muy extraño y todo el mundo me censuraría por haberle dado. Pero vais á partir y yo os amo. No puedo dejaros marchar sin haberme explicado con vos, porque tal vez no volváis más y sea esta la única y última vez que os vea. ¡Quién sabe donde iréis! Pero sea donde quiera os lleváis mi alma, mi vida, que ya no me pertenece. Si hubierais permanecido aquí, no habría llegado yo á semejante extremo, porque la dicha de contemplaros, de escuchar vuestro acento, de vivir á vuestro lado me bastaría para ser feliz. Pero esto no puede ser. Decís que es preciso que marchéis. Sin duda os enoja ver que siempre voy tras de vos como una sombra amorosa que quisiera fundirse con vuestro cuerpo, y os ha de ser molesto encontrar siempre detrás de vos ojos suplicantes y manos que pretenden deteneros agarrándose á vuestro trage. Lo sé, lo comprendo, pero no puedo evitarlo. Sin embargo, no tenéis derecho para quejaros puesto que la culpa es vuestra. Yo vivía feliz, tranquila casi dichosa antes de conoceros. Pero llegasteis hermoso, joven, sonriente, como el encantador dios Febo; tuvisteis para conmigo la más delicadas atenciones, los cuidados más solícitos, y jamás caballero algu-

no se mostró más espiritual y más galante. Cada vez que vuestros labios se entreabrían eran para dejar brotar por ellos rosas y rubies; todo era ocasión para vos de un madrigal y nadie como vos sabe aprovecharse de las más insignificantes frases para transformarlas en adorables cumplimientos. Por mucho que una mujer os aborreciera no tendría otro remedio que concluir por amaros. Yo os amé desde el mismo instante que os vi. ¿Por qué os sorprende que siendo tan amable seais tan querido? ¿Acaso no es esta una consecuencia natural? Ni soy una loca ni una mujer ligera ni una joven momentánea que se apodera de la primera espada que ve. Tengo bastante mundo, sé perfectamente lo que es la vida y cualquier mujer aún la más virtuosa haría lo que yo hago. Decidme ¿que idea ó que intención era la que teníais respecto á mí? Creo que tendríais la de agradarme porque no puedo suponer otra. Pero siendo esto así ¿cómo habéis cambiado de proceder. ¿Hice acaso y sin quererlo algo que os disgustase? Si así ha sido os pido que me perdonéis. ¿Es que no me encontráis hermosa ó habéis descubierto en mí algún defecto que os mortifique? Tenéis el derecho de ser muy exigente en cuestión de belleza, pero ó habéis mentido de un modo indisculpable ó soy hermosa también. Soy joven como vos y os amo ¿por qué desdeñarme así? Recordad vuestra solicitud por estar á mi lado, el cariño con que ofrecíais vuestro brazo, la ternura con que estrechábais la mano que yo os abandonaba, las miradas tiernas y cariñosas que me dirigíais y contes-



tadme ahora: ¿Si no me amábais á qué todo esto? Acaso habríais tenido la crueldad de despertar el amor en mi pecho para hacerle después objeto de vuestras burlas. Sería una horrible bajeza, una impiedad, un sacrilegio; no puedo creer semejante cosa de vos, por más inexplicable que sea vuestra conducta respecto á mí. ¿Cuál es la causa de ese cambio tan rápido? ¿qué misterio se oculta en semejante frialdad? No puedo creer que experimentéis esa repugnancia por mí, porque no se galantea, del modo que habéis estado haciéndolo, á una mujer á quien no se ama, sin ser un villano. Decid, Teodoro ¿qué es lo que tenéis contra mí? ¿por qué habéis cambiado de ese modo? ¿qué os hice yo? Si el amor que vos parecíais sentir por mí, se ha desvanecido, el mio por el contrario permanece en el pecho, y no puedo arrancarle de él. Tened piedad de mí, Teodoro, que soy muy desgraciada. Fingid al menos que me amáis un poco y decidme alguna de esas dulces palabras que tan bien pronunciáis. Eso no os costará mucho á menos que yo os inspire una aversión extraordinaria.

Al llegar á esta parte de su discurso los sollozos ahogaron por completo su voz; cruzó las dos manos en mi hombro, y apoyó la frente sobre mi pecho en actitud completamente desesperada.

Como que todo lo que decía, no podía ser más justo, no podía contestar rechazándola.

No podía tomarlo en sentido de broma, porque no hubiese sido conveniente y Rosita no era de esas

mujeres á quienes se puede tratar con cierta ligereza.

Por otra parte, yo tampoco lo podía hacer, porque me comprendía culpable de haber jugado de este modo con el corazón de una mujer encantadora y experimentaba un verdadero remordimiento.

Viendo que yo no respondía nada, lanzó un suspiro é hizo un movimiento como para levantarse, pero volvió á caer vencida por su misma emoción.

Después me enlazó con sus brazos cuya frescura parecía traspasar la camiseta que yo llevaba, unió su rostro al mio y se echó á llorar silenciosamente.

¡Qué efecto tan singular me hizo sentir como iba resbalando por mis mejillas aquella incesante corriente de lágrimas que no brotaban de mis ojos!

No tardé yo en unir las mías á las suyas produciéndose una verdadera lluvia, que pudiera haber producido un nuevo diluvio de haber durado cuarenta días solamente.

En este momento precisamente la luna vino á dar en la ventana; un pálido rayo penetró en la estancia iluminando nuestro taciturno grupo.

Con su peinador blanco, los brazos desnudos, el pecho y la garganta descubiertos casi del mismo color del peinador, suelto el cabello y su aspecto doloroso, Rosita tenía el aire de una figura de alabastro de la Melancolía, colocada sobre una tumba.

En cuanto á mí no se que figura podía hacer puesto que no me veía, ni tenía á mano ningún es-



pejo donde se reflejara mi imagen, pero creo que hubiese podido representar muy bien la estatua de la incertidumbre.

Yo estaba conmovido é hice á Rosita algunas caricias más tiernas que de ordinario. Desde sus cabellos mi mano había descendido hasta su aterciopelado cuello, desde allí á sus redondos y pulidos hombros, que tocaba suavemente siguiendo toda la línea del pecho.

La joven parecía que bajo mi contacto se estremecía y vibraba como el teclado de un piano bajo los dedos del pianista; su carne se agitaba y saltaba bruscamente, y amorosos estremecimientos circulaban por todo su cuerpo.

Yo mismo experimentaba una especie de deseo vago y confuso cuyo objeto no podía definir y recorriendo aquellas formas tan puras y tan delicadas sentía una extraordinaria voluptuosidad.

Abandoné el hombro y aprovechando un momento encerré súbitamente en mi mano el pequeño pezón sorprendido que palpitaba locamente como una tortolilla sorprendida en el nido; desde su mejilla que rozaba con un beso apenas sensible llegué á su boca entreabierta y así permanecimos durante algún tiempo.

No se si fueron dos minutos un cuarto de hora ó una hora porque había perdido totalmente la noción del tiempo, no sabía si estaba en el cielo ó en la tierra, muerta ó viva.

El vino de lo voluptuosidad me había embriaga-

do de tal modo al primer sorbo que bebí, que todo lo que yo tenía de razón había desaparecido.

Rosita me ahogaba cada vez más con sus brazos y me envolvía con su cuerpo; se colgaba sobre mí convulsivamente y me apretaba sobre su pecho desnudo y anhelante; á cada beso parecía concentrarse toda entera en el sitio tocado y abandonar el resto de su persona.

Singulares ideas me pasaban por la cabeza. Si no hubiera temido hacer traición á mi incógnito habría dejado campo libre á los apasionados anhelos de Rosita y quizás habría hecho alguna vana y loca tentativa para dar apariencias de realidad á esta sombra de placer que mi bella enamorada abrazaba con tanto ardor.

Yo no había tenido ningún amante y estos ataques tan vivos, estas caricias reiteradas, el contacto de aquel hermoso cuerpo y aquellos dulces nombres perdidos entre los besos, me turbaban hasta el extremo, aún cuando fuesen de una mujer.

Además esta visita nocturna, esta pasión romántica, aquel rayo de luna, toda ella tenía para mí una frescura y un encanto de novedad que hasta me hacían olvidar que no era un hombre.

Sin embargo hice un gran esfuerzo sobre mí misma y dije á Rosita que se comprometía horriblemente viniendo á mi habitación á semejante hora y permaneciendo en ella tanto tiempo, que sus camareras podrían apercibirse de su ausencia y ver que no había pasado la noche en su aposento.

Yo dije esto con tanta suavidad, que Roseta por